

## JAURIA, DE DAVID VIÑAS: CONTINUACION DE UN PROYECTO DESMITIFICADOR

Saúl Sosnowski

Una lectura global de lo desarrollado por David Viñas (Buenos Aires, 1929) hasta la fecha, permite vislumbrar un claro proyecto en el que se entrecruzan los componentes de lo que él mismo llamó “literatura argentina y realidad política”. Si bien este rótulo encabeza una lectura crítica del proceso literario argentino<sup>1</sup>, también señala la inscripción de su propia producción narrativa y teatral dentro de ese esquema<sup>2</sup>. Es decir, toda elaboración se apoya en el develamiento de ciertos episodios encubiertos por la versión liberal de la historia argentina y en la revisión y desmitificación de los que detentaron esa redacción oficial.

La superposición de un proyecto novelístico y un trabajo crítico (que bien puede señalar necesidades materiales del momento)<sup>3</sup>, subraya la conjunción de elementos escriturales que denuncian, desde planos diferentes, versiones heredadas que claudican ante los hechos cotidianos. De este modo, los aparentes distanciamientos y polarizaciones temporales, se anulan en lecturas imitativas de conductas caudillescas contemporáneas enraizadas en modelos decimonónicos. La figura del militar, ornamentada desde su gobierno, “benévola” ante los requerimientos del “pueblo”, y en cuyo nombre cede el poder a la entonces considerada última carta de la burguesía para frenar la aceleración en la demanda de trans-

1. Bajo esta rúbrica pueden verse *Literatura argentina y realidad política*, 1964; *La crisis de la ciudad liberal*, 1973 (véase la edición de 1965, *Laferrere: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*); *De Sarmiento a Cortázar*, 1971.

2. Viñas ha publicado dentro de un aparente plan de revisión y cuestionamiento de ciertos momentos claves de la historia argentina las novelas *Los años despiadados* (1956), *Los dueños de la tierra* (1958), *Dar la cara* (1962), entre otras. Sus obras de teatro más recientes son *Lisandro* (1972), *Los fusilamientos de Dorrego* y *Túpac Amaru* (1973). Cabría agregar el tomo de cuentos *Las malas costumbres* (1963).

3. Véase el planteamiento inicial en *De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971, pp. 9-12.

formaciones radicales (la línea que va de Lanusse a Perón pasando por Cámpora), parece servir de marco cronológico y político a la redacción de *Jauría*<sup>4</sup>.

En momentos en que la retórica oficial, tanto como la opositora en sus múltiples facetas, apelaba a adjetivos grandilocuentes en torno a potencias, proyectos y grandes acuerdos, la elaboración textual sobre el que había sido el Organizador de la Confederación e importante factor en el ulterior desarrollo de la República, adquiere una dimensión que actualiza conflictos no resueltos totalmente. No se trata de extremar analogías ni parábolas, pero cabe señalar, sin embargo, que el que encabezó la partida que asesinó a Urquiza en el Palacio de San José, Simón Luengo –Simón o “coronel” en la novela– había sido montonero. Este término histórico contiene una nueva valencia en los últimos años. Recordemos, además, que este episodio ya fue discutido brevemente por el propio Viñas en su *De los montoneros a los anarquistas*<sup>5</sup>, publicada en 1971, con un lenguaje que sería integrado a *Jauría*.

Si bien el núcleo narrativo está articulado en torno al asesinato de don Justo y la persecución de Simón, el resultado se dispersa hacia sus causas. Es en este nivel en que comienzan a elaborarse los diversos estratos que confluyen en este acto. Esta vez la retórica de unitarios y federales parece ceder ante la batalla de Caseros (1852). La caída de Rosas es vista, dada la propaganda unitaria desde el exilio montevidiano y chileno, como un triunfo de la civilización sobre la barbarie, versión difundida aun más a través de la literatura de la época incorporada como versión histórica oficial<sup>6</sup>. Sin embargo, las misiones de los caudillos ante Urquiza subrayan un aspecto fundamental del conflicto: la presión económica ejercida por el Puerto y las restricciones que habían transformado al gobierno nominalmente federal de Rosas, en cuerpo hegemónico que pretendió traducir en beneficios propios la dependencia económica de las provincias. De este modo, la violenta relación entre el Puerto y las provincias se proyecta sobre su base real: necesidad de mercados y de importación de determinados productos fundamentales para su industria; salida al exterior; en suma, repetida variante de los argu-

4. *Jauría*, Buenos Aires, Granica editor, 1974. En cuanto a los momentos vividos en esos meses, puede consultarse la entrevista a Viñas publicada en *El gallo ilustrado* (Suplemento de *El día*) [México], 15 de diciembre de 1974, pp. 2-4. Una actualización en la entrevista realizada por Beba Eguía et al: “Perón, Borges and Guevara: Politics and Literature in Argentina”, en: *Polit. A Journal for Literature and Politics*, 1, 1 (1977), pp. 121-28.

5. Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1971 (tomo I de *Rebeliones populares argentinas*). Los antecedentes y el asesinato de Urquiza aparecen en las pp. 104-10. Véanse también: H. Gorostegui de Torres: *Historia argentina. La organización nacional*, Buenos Aires, Paidós, 1972, para una revisión general del período; Beatriz Bosch: *Urquiza y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, ofrece valiosa información y un extenso anecdotario de la época. Para el período cubierto por *Jauría*, véase el capítulo XLVII, pp. 705-16. Véase además Aldo Ferrer: *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pp. 66-118.

6. Véanse los clásicos ejemplos, “El matadero”, de Esteban Echeverría; *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento; *Amalia*, de José Mármol.

mentos que iniciaron los movimientos independentistas de Buenos Aires unas décadas antes <sup>7</sup>.

En *Jauría*, la dinámica entre las provincias y el Puerto se traduce en una violencia sexual que halla sus correlatos en las relaciones del General y de Simón con la prostituta Arminia. Arminia, empleada de un concurrido establecimiento, adquiere una reputación que rebasa fronteras, rangos, y hasta preferencias. La venta se traduce en paso intermedio a cierta “respetabilidad”; la preferencia por ciertos clientes pródigos, en módulo que la acerca a esos beneficios: la entrega al general, en cesión al poder. Arminia-Buenos Aires son entonces la boca que hay que abrir para gozar del placer de la apertura, del goce de la violencia. Aliviar la presión económica es “desvirgar el Puerto” (p. 52). El caudillo-la provincia entran en ella para respirar, para probar que aún son machos, que el arma como sexo y el sexo como arma reintegran al hombre el sentido del dominio que parte y regresa a la caricia de la piel de esa ciudad-yegua, del caballo que monta, del cuerpo que se prueba en reiteradas monturas<sup>8</sup>. Arminia-Buenos Aires es puerto para cualquiera: si el personaje Mansilla<sup>9</sup> la reconoce de tiempos anteriores, don Justo, ya transformado en El Viejo, la mantiene en su etapa de madre. La boca tiene precio y el metálico carece de características diferenciadoras para la que todo lo traga. Pero al tragar debilita, consume, reblandece, corrompe. Entrar a la ciudad, como lo supo Facundo en su momento<sup>10</sup>, es cambiar el pon-

7. Véase Ferrer: op. cit.; Miron Burger: *The Economic Aspects of Argentine Federalism, 1820-1852*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1946, especialmente el capítulo IX, “The Economic Aspects of the Fall of Rosas”. Dice Burger: “Buenos Aires was quite willing and even anxious to take responsibility for the conduct of foreign affairs and of peace and war; but it refused to accept responsibility for the economic and social welfare of the country. There in lay the tragic inconsistency of the system which Rosas so patiently built and so stubbornly defended”. Las razones económicas que motivaron esta política son obvias.

8. Las relaciones sexo-ejército son explicitadas en varios personajes de *Los hombres de a caballo*, México, Siglo XXI, 1968. Estar fuera del ejército, ser civil, es no ser macho; ser expulsado del ejército es ser capado. Cabe notar que en esta novela se cubre la participación del ejército, dentro del que se traza el papel cumplido por los oficiales de la familia Godoy, en la Expedición Libertadora de San Martín, que dará la Batalla de Ayacucho en 1824, las guerras civiles durante la “formación de la república”, la Guerra de la Triple Alianza. La Campaña del Desierto, y el Operativo Ayacucho en la década de 1960 dirigido contra la guerrilla peruana.

9. El general Lucio Mansilla (1792-1881) fue cuñado de Rosas y padre de Lucio V. Mansilla (1831-1913), autor de *Rosas. Ensayo histórico-psicológico* (1898). Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1973 y de la obra que le otorgó la mayor fama. *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Que de su nutrido anecdótico se mencionara una ficticia asociación a través de Arminia, resalta el motivo de las relaciones que hemos venido subrayando entre don Justo y Simón

10. Véanse las transformaciones de Facundo al entrar a Buenos Aires que caben, claro está, bajo el signo determinista que promueve las tesis iniciales de Sarmiento. *Facundo*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina, 1967, capítulo IX, “Barranca Yaco”, en especial las páginas 168-70.

cho por el frac, es asumir modales y gestos ajenos, es olvidar orígenes y claudicar frente a las presiones de los otros fracs, adustos y hábiles leguleyos al servicio de los mercaderes.

Cuando Sarmiento medía la civilización de las provincias por el número de fracs que la vestían<sup>11</sup>, traducía con ello el índice del poder de la ciudad sobre la presencia del campo. Cuando don Justo se desnuda ante ella, Arminia lo recibe; cuando entra en ella, la ciudad lo traga. Despojos sexuales; entrega de la Tesorería a los caballeros, señalan el paso del período del dominio federal al desvinculado entreguismo de todo el control del cuerpo a uno de sus intereses. Sexo y tesoro son los restos aplanados que subsumen toda modificación corporal; toda maniobra política del resto del cuerpo nacional para satisfacer al puerto-boca que todo lo consume, todo lo expele.

Si el caudillo entrerriano, el Gran Entrerriano, claudica frente a la Ciudad, su asesino degenera frente a la jauría de sus patronos y sus perseguidores. Abandonado por don Ricardo [López Jordán], cabecilla del atentado y reemplazado por don Justo en el poder, huye de sus perseguidores. Es durante esa huida que se intercalan episodios de sus previas campañas militares con el General y sus contactos con Arminia. Es su relación con Arminia la que paulatinamente lo distancia del General, lo acerca a la conspiración y, en última instancia, dictamina su participación. El acercamiento de El Viejo a Arminia-Buenos Aires sella la liquidación de don Justo. La política se viste de sabia puta vistosa; la disgregación de las lealtades políticas también disocia las lealtades al caudillo, al viejo general. La mujer compartida en lechos análogos/la ciudad que esperaba su apertura para reincidir en sus maniobras hegemónicas, se convierte en fuerza disociativa al pasar al exclusivismo personal, al control unívoco. Si la mujer compartida acerca a estos dos machos en una jerarquía del poder que los hace camaradas de armas y de lechos (en una hermandad originaria no muy distante), la exclusión de uno a favor del otro, la intervención del sentido y los privilegios de la propiedad privada, señalan la ruptura y el renovado enfrentamiento armado.

Cuando la vanidad de las apariencias y el uniforme blanco del latifundista no logran esconder la vejez, El Viejo recurre a un corsé que se cree de prostitutas. "Se le ha bajado la corona" (pp. 200-201), sugiere Arminia al provocar con ese mismo corsé a Simón. El corsé que sostiene al reblandecido general es un índice de su decadencia y de la pérdida del poder ante fuerzas que ya no logra controlar. Análogamente, la huida de Simón, luego de haber asesinado al caudillo, también aporta su propio índice de una decadencia radical, Simón acaba utilizando la destreza del gaucho, del montonero para entretener en la carpa de un circo de gringos a unos vecinos del pueblo que se arredran ante gestos de vana violencia y destreza que ya es vista como tal por aquellos que marcan la transición de la sociedad argentina hacia modelos urbanos<sup>12</sup>. La huida de la carpa del circo

11. *Ibid.*, p. 50.

12. Es de sumo interés, José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976. Véanse en especial los capítulos dedicados a "Las ciudades criollas" y "Las ciudades patricias", pp. 119-246.

luego de haber acabado con la función, al igual que la salida de don Justo de la Ciudad luego de haber finalizado su entrega, marcan simultáneamente la decadencia de los caudillos y del folklórico sentido de la conducta histórica, para ceder paso a las maniobras de los comerciantes y sus asociados imperiales, los ingleses, y de los gringos que se van asentando en el país y —desde determinada perspectiva— obligando a los criollos a someterse a sus padrones de conducta.

Si las provincias liquidan a don Justo por haberse sometido a la voluntad y los designios del Puerto, su conducta subraya que Caseros no resolvió el problema, que la liquidación de un unitario-qua-federal no garantiza la apertura del país ni su integración; que quizá la versión de Sarmiento sobre el unitarismo geográfico del país por el control del Puerto<sup>13</sup>, los obligaría a reincidir en atrinchamientos y explosiones periódicas que denunciaban los falsos acuerdos de papel iniciados con las convenciones de 1853.

La Ciudad-Arminia había acumulado durante años en su tesorería-cuarto de regalos los beneficios entregados por clientes satisfechos por sus argucias y espas(módicos) placeres momentáneos. Los contactos de ambas más allá de la frontera nacional tendían a garantizar un futuro apacible, respetable, acomodado y acomodaticio a los intereses inmediatos de los verdaderos vencedores del conflicto. El retiro del propio vencedor de Caseros para gozar sus tierras, para ampliar la riqueza de su estirpe<sup>14</sup>, señala la coincidencia entre ciertos intereses comunes a terratenientes y mercaderes; la acumulación de las riquezas no difiere esencialmente en el caso de los portadores de frac, de corsé o de muselina. El olvido, el abandono y el desplazamiento de viejas amistades y lealtades también aúna a viejos socios y enemigos.

13. *Facundo*, p. 95: “Pero la República Argentina está geográficamente constituida de tal manera que ha de ser unitaria siempre, *aunque el rótulo de la botella diga lo contrario*” (subrayado del autor). “Los pueblos no reclamaron de Buenos Aires el puerto con las armas, sino con la *barbarie*, que le mandaron en Facundo y Rosas. Pero Buenos Aires se quedó con la barbarie y el puerto, que sólo a Rosas ha servido y no a las provincias. De manera que Buenos Aires y las provincias se han hecho mal mutuamente, sin reportar ninguna ventaja”.

14. La entrega de grandes extensiones de tierra como recompensa o pago por servicios prestados a la metrópoli proviene del período colonial y se extiende más allá de la independencia hacia las tierras “salvajes”, lo que promueve las expediciones de exterminio contra los indios efectuadas aun en las últimas décadas del siglo pasado. Don Justo, aunque sabe que Simón ya está confabulando, le regala tierras y su poncho. Ezequiel Martínez Estrada, en su clásico *Radiografía de la pampa* (1933), elabora la relación de los pobladores de estas tierras con un medio para el cual, inicialmente, no estaban preparados y que fundamentó la propagación de mitos que dieron lugar a fantasías y “contraverdades” que han impedido una relación fructífera y productiva con el medio. Para sus consecuencias, véanse en especial los capítulos “Miedo” y “Seudoestructuras”, Buenos Aires, Babel, 1933, *passim*. En el caso de don Justo, se trataba de ampliar directa o indirectamente la posesión del territorio mediante mecanismos que, al igual que otras variantes del patronazgo, ampliaran el circuito de los que dependieran de sus favores y miramientos.

El placer de la posesión, la caricia sobre la piel, el oro, el arma, el sexo, se yuxtaponen para garantizar una perduración hedónica, denegatoria de todo desarrollo y toda apertura hacia afuera. La acumulación y el placer hedónico se circunscriben a la superficie egoísta del cuerpo y desde allí excluyen toda participación e integración de los otros. La acumulación prostibularia de Arminia se hace extensiva a Buenos Aires y desde su entrada a la boca portuaria se ahinca en el General. Si Arminia adquiere los modales de la protegida por el poder y el dinero, además del respeto que le acordaría su embarazo con la paternidad del General, la Ciudad se regocija en los nuevos mercados que le abre la liquidación de Rosas; su libertador se acoge a los placeres del latifundista y a los goces que le aporta el Palacio diseñado por él; diseñado a su medida política, medido y construido por artesanos extranjeros. Cuando Simón cancela la paz de don Justo, los beneficios de la prostitución y del sistema liberal del Puerto no se verán afectados mayormente.

El asesinato de don Justo, luego de haber rendido su nombre y rango para transformarse simplemente en "El Viejo"; luego de haberse entrevistado con un alto dignatario de la Ciudad (Sarmiento) parecería haberse basado exclusivamente en las maniobras políticas de don Ricardo [López Jordán] para obtener el control directo de la provincia. Se suma a este motivo fundamental una relación más íntima en torno a Arminia. Que el General sea liquidado por razones políticas arraigadas en su traición a los intereses de las provincias frente a la aduonería y a los beneficios que le rentó el Puerto, puede ofrecerse como causa histórica adecuada; que a ello se sume un odio acendrado en la traición a intereses prostibularios, constituye en sí un signo de desmitificación. El Gran Padre que rige el mundo, la fuerza que restablece el equilibrio aniquilando el caos que, según la versión liberal, rigió la época de Rosas, también muere por ser padrillo.

La asociación de lo militar con una actitud paternal que aúna al General con uno de sus oficiales veteranos, Simón, se conjuga en un juego político y militar que atraviesa todas las facetas del poder con configuraciones y atributos sexuales. La relación arma-sexo rige todas las relaciones humanas tanto en las facetas asociativas como en las que disgregan toda relación que prescindiera de ese elemento como único elemento unificador. El arma-sexo/el sexo-arma son utilizados exclusivamente para violar, para engañar, para promover la satisfacción momentánea, para aplanar todo lo humano al nivel animal, para proyectarlo semánticamente a la relación padre-padrillo. Don Justo es el padre de la provincia (provincia de "guachos y ahijados", p. 217), metafórica y literalmente: lo es en la estructura del poder, lo es en el amplio sentido del que, al decir de Ezequiel Martínez Estrada, puebla el vacío<sup>15</sup>. El patronazgo le asegura una base de poder, lealtades familiares y un ejército que defenderá los intereses de su latifundio para que éste siga procreando a la par de su dueño.

15. Para la generación que se nucleó en la revista *Contorno*, la figura de Martínez Estrada constituyó un modelo clave, al que le fue dedicado el número 4. Sobre *Contorno*, véase María Luisa Bastos: "Contorno, Ciudad, Gaceta Literaria: tres enfoques de una realidad", en: *Hispanérica*, Nos. 4-5 (1973), pp. 51-7.

El asesinato de don Justo es, en última instancia, un parricidio. El “hijo” –veterano de largas campañas y leal servidor– que lo asesina se venga así del carácter de padrillo del Viejo. “Viejo” también apunta a una paternidad entregada a Armina: nexo que acaba por romper toda posible restauración de la paz entre ellos. En ambos niveles, el personal y el político, la intervención y protección inmediatamente gratificante de la prostituta/ciudad-prostituta promueve la venganza por parte de sus hijos. Si Simón se venga así de su propia incapacidad por haber dejado que el General ubique a “su mujer”, por la afrenta que siente liquidando al que considera culpable de la traición y su humillación, las provincias liquidan al que consideran traidor a sus intereses. En ambos casos y en contextos análogos, la muerte es la respuesta a la entrega; en ambos casos es un acto de parricidio que se acalla en la huida, en el escamoteo del cuerpo ante los perseguidores y en la apertura a un espacio que se desconoce, que se abre como otra boca anquilatoria.

Mencioné antes el proceso de desmitificación del caudillo y, en estrecha relación con ello, el sistema que promovió los abusos y distorsiones ejemplificados por don Justo. Se suma a ello, en un proceso más amplio desarrollado notablemente en *Los hombres de a caballo* (1967) y ya antes en *Los dueños de la tierra* (1958)<sup>16</sup>, una impugnación de la política defendida por el militar argentino y que tendió a defender los intereses del auto-denominado patriado de los terratenientes y sus aliados en el mercado internacional. Este proyecto continúa en *Jauría* en las referencias a la errada política *vis-à-vis* el Paraguay en la Guerra de la Triple Alianza, los fusilamientos de Basualdo y la venta de prisioneros paraguayos a los brasileros, aliados en la Guerra contra el Paraguay. La mayor impugnación se da, sin embargo, en la disolución de aquellos que la historia signa como próceres, como contribuyentes al gran proceso nacional, a la “Patria Grande”. Es significativo en este sentido, que sea Carrizo, un muchacho a quien Simón salva del maltrato de un policía, que se crió entre los indios y creció junto a una versión mercantil y política del viejo Vizcacha, quien enuncie una interpretación de esa historia. Junto a Baigorria había peleado unas veces a favor de las provincias, otras a favor del Puerto: “Así uno aprende de todo, don Simón. Que no hay malos y buenos; infierno y cielo: no. Que todo está mezclado: ni hay infierno entre los indios, ni hay cielo entre cristianos. O, si usted prefiere, don Simón: un cielo indio y un infierno cristiano. Un cielo con el General y otro con el Puerto y *no se necesita ser cura, don Simón*”. “*Y también un infierno de un lado del Arroyo del Medio y, pasando ese riachuelo, otro infierno*” (pp. 197-198). Pero Carrizo desaparecerá como también desaparece bajo la tortura de la Ciudad el amigo Montiel, descendiente de “antiguos luchadores contra la prepotencia del Puerto” (p. 17). Lo que resta son líneas trazadas drásticamente a lo largo de varias fronteras.

16. He estudiado esta novela en “*Los dueños de la tierra*, de David Viñas: Cuestionamiento e impugnación del liberalismo”, en : *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)* , No. 25 (1975), pp.57-75.

Que entre las secciones de la novela dedicadas a la huida (“Jauría”), a las “Tertulias” en el prostíbulo<sup>17</sup>, a la decadencia de don Justo (“Motete”), se inscriban las actividades militares de las provincias contra Buenos Aires bajo el rótulo “Hipotenusa”, y las maniobras políticas en la corte que se erige en la Ciudad bajo “Enroque”, muestran una organización tangencialmente matemática que afirma una lectura de la historia bajo el signo de lo heredado y parece rechazar de plano la negación de todo maniqueísmo político afirmada por el cultural y políticamente híbrido Carrizo. La lectura histórica que surge del proyecto desmitologizante propone, a la vez, una revisión de determinados valores. Se encuentra entre ellos la nueva lectura que se impone desde la relación de lo sexual con lo violento, desde la re-valoración de esquemas humanos que potencien una relación que no siempre se subsuma bajo el signo del arma o del sexo como única arma de imposición normativa.

17. Al denominarlas “tertulias”, los conciábulos del prostíbulo parecerían remitir con su nomenclatura a las tertulias literarias de los románticos que se agrupaban en los salones desde los cuales promulgaban las novedades parisinas y discutían la política antirosista. Huelga, quizá, recordar en este caso, el Salón literario de Marcos Sastre. La transferencia del término caería, así, bajo el signo de la crítica aguda y mordaz planteada desde el comienzo de la lectura de este momento histórico.